



Cementerio verano

Como puede ser la de la derecha
puede ser la de la izquierda
La más ennegrecida
La que parece una mano vendada
La fea la ronca la sin yerbas
o la otra que no ves bien
(idiota, tonto que no oyes)
la que suena bonito
(suena y sueña, caramba)
la más poderosa y la más humilde
Sí, sí, sí, la del carcomido
bosque de violines
La que huele a cerveza de barril
a Calzada de la Ronda
(ése es Braulio, el bueno, el
siempre-lleno-de-lágrimas)
a la cervecería *El Riel*
¿O no es ninguna y sólo
estamos viendo renacuajos
y culebras? ¿No es aquella letra
(Sensemayá, Sensemayá)
una gigante S
y la otra, no es una R
del tamaño del dios allí dormido?
Las letras de la lápida
son como un nuevo oratorio,
antes menor, ahora mayor
que nunca.
¿Oyes la lenta-voz-madera

de Pablo?

Todo lo escucha uno, a cien
metros de altura, sordamente,
como este sucio verano
como la cochina lluvia de junio
horadando los huesos, amontonando
en caritas sonrientes la ceniza.
¿Quién se está riendo
a estas horas del día y
de la noche? ¿Tú,
grandísimo silencioso,
cara de ciprés, almita de
eucalipto?

Pues sí,
riéndome estoy, porque
Silvestre ya no está:
se nos fue al territorio
de los grandes paseos. A un
planeta de aromas
donde no existen, dicen,
las enfermedades, el sexto piso,
amigos muertos;
nadie, en una palabra,
a quien sobrevivir.
En lugar de la tumba
y de las letras,
sólo un bello violín catedralicio
demente de agua y cielo.